

LA TORRE TORNADIZA



SCRIBO en la torre que domina la ciudad de Frankfurt y que da vueltas muy lentamente alrededor de su eje. Esta torre es una muestra de lo que nuestro tiempo tiene a la vez de utilitario y de atrevido. El eje giratorio de-

bia, de todos modos, realizar su vuelta, puesto que no es más que parte del mecanismo de un silo donde se muele el grano que ha de servir para elaborar la cerveza. El torreón del molino se ha convertido en atalaya y restaurante. El movimiento circular es muy lento; quien se sienta allí apenas lo percibe. Escribo con la insensible sensación de avanzar alrededor de un punto, de un centro, con la misma extrañeza con que avanzo alrededor del eje de mi vida. No sentimos "pasar" el tiempo; tampoco siento pasar el panorama. Pero es cierto que "pasa". Levanto ahora los ojos del papel y me doy cuenta de que el bloque de casas medio oculto por la fronda, a la izquierda del Maine, está un poco más lejos que cuando comencé a escribir. La iglesia de líneas austeras, de torreón vertical, toda ella aluminio y gres, sin retórica, ha avanzado un breve trecho. Sí; esto es como el paso del tiempo. Tenemos que elevar los ojos del suelo para percibir los días que han pasado. Entre tanto no advierto más que la extensión global del panorama. La ciudad de Frankfurt es desde aquí una lámina gris, dominada por la vasta extensión del cielo nublado, interminable. La llanura se extiende inmensa en una profusión de verdes y de plata; plata del río, de aguas lentas en el que avanzan los cargos oscuros, bajo los puentes; plata de las techumbres escalonadas hasta el infinito, pisarra bruñida por la lluvia y la humedad; plata del aluminio de la moderna urbe; y hasta la múltiple reverberación de la luz en los millares de cristales, el resplandor del vidrio en el mediodía mate y monótono tienen fulgor de plata.

Es ésta, pues, una ciudad plateada por la lluvia, por el río y por la guerra. La arquitectura de posguerra ha aportado estos años, con su inventiva de materias, un color inédito al urbanismo; y desde la altura donde se pierde el detalle y se unifica el cromo, nos damos cuenta de la transformación radical de las cosas. Desde esta atalaya se comprende, mucho más que al ras del suelo, todo lo que ha ocurrido. La inmensa muchedumbre acampa a nuestros pies, en paz y con un sentido de urgencia. Pero desde aquí, en lo alto, sólo se "ve" la paz. La paz se ve en la extensión del panorama urbano. Fábricas, talleres, emporios bordean el río, cuyos meandros y curvaturas se deslizan entre edificaciones funcionales y grandes fortines de riqueza. Leemos en las techumbres una toponimia de siglos que parecen el índice de un nuevo temario social: abonos, motores, colorantes, productos farmacéuticos, plásticos, la vastedad de la técnica actual está aquí en la aérea panorámica. La publicidad y la presencia ya no son hoy únicamente frontales. El hombre ya no se encuentra a las cosas sólo de cara, frente a sí, sino debajo de él, que es dueño del espacio. Ya no es suficiente deletrear de cara, sino habituarse a leer en la órbita de los satélites. Las grandes industrias escriben sus nombres en la techumbre para que los leamos desde esta partícula de cosmos que es un avión o el torreón de un restaurante elevado.

¡Pensar que hace sólo ciento ochenta años Goethe escuchaba al otro lado del Maine el silbo de las balas de artillería de la guerra de Sucesión, en una Europa que estaba gestando el romanticismo! Las balas silbaban entonces como el tono de una canción comarcal, y el folklore diverso podía campar en uniforme a una u otra orilla del río. Los batallones se alineaban para poner cerco a una ciudad y los pacíficos ciudadanos estaban a punto de asombrarse o rendirse. No actuaban los pueblos, sino las dinastías. El término "frontera" era a la vez circunstancial y categórico. Se era de esa o de la otra orilla. Agazapado bajo el techo de su casa burguesa Goethe entreveía la formación de estructuras mayores de una Europa sin castas y sin revanchas, aunque esa "ilustración" resultara entonces tan utópica como su "teoría de los colores". Yo sitúo ahora desde la altura el lugar donde Goethe debía de lucubrar sobre el sentido de aquellos obuses sonoros y silbantes mientras él no poseía para ampararse más que su egregia catadura humana, el calor de su biblioteca y el silencio de su solitaria y entusiasta curiosidad intelectual; en el fondo, la armadura de un espíritu en permanente cultivo. Este lugar estaba ahí, donde asoma la punta del torreón del Ayuntamiento, en el

viejo Frankfurt que huele a caminos y a comercio. Ahí está Goethe en cierto modo aún, fronterizo sin frontera, orgulloso y latente. Pero no hay genios aislados en el mundo de hoy. El cruce de caminos no es una encrucijada, ni la soledad un titubeo. Lo que existe es la llamada de techumbre con siglos y, uno tras otro cruzando las nubes, el rurnruneo de los aviones tranquilos que han venido a suplantar al obús.

La plataforma giratoria ha avanzado ahora un trecho y estoy ante un panorama distinto. El giro del mecanismo es muy lento; sentirse ahí, volteando a esa pausa, produce una extraña impresión. Hay un contraste evidente entre la prisa, de la que venimos, y el reposo en que estamos. A nuestro nivel podemos medir lo que es el caminar de las estrellas. No es un pasatiempo estar ahí, sometidos a insensible gravitación, a ciento veinte metros de altura. Estos son suficientes para comprender nuestro raro equilibrio. Así rodamos, en definitiva, sin prisas y sin pausas, como se ha dicho, en mitad de un infinito espacio. Pero justamente la impresión de grandeza y movimiento nos causa la presente serenidad. Quizá incluso atisbamos ahora, incapaces de desentrañarla de otro modo, la teoría de la relatividad, porque aquí tiempo y espacio parecen ser lo mismo.

los esfuerzos inútiles

Decía Agustín de Foxá que en acción no se viaja, se llega. La torre de Frankfurt es, en cambio, un viaje destilado sobre el ánimo, muy lento y fraccionado. En los tiempos de la velocidad supersónica la dinámica de la tortuga constituye una novedad. Pero hay otros modos de no viajar o de viajar como la tortuga, a bordo de los medios de locomoción más ruidos. Así ha ocurrido cuando, en el vuelo de regreso, y a causa de una tormenta sobre el aeropuerto de arribo, el avión ha tenido que permanecer en el aire, dando vueltas, durante tres cuartos de hora. Permanecer en el aire sin moverse de sitio, aunque con círculos y rodeos sobre el aeropuerto, hacia válida la energía de la torre de Frankfurt, aunque de modo distinto. En avión se viaja, pero no siempre se llega, pensábamos entonces nosotros, rectificando la frase feliz de Agustín de Foxá.

La impresión de sosiego de la torre de Frankfurt se trocaba ahora en incertidumbre e incomodidad. Justamente cuando en el reloj se marcaba el término del viaje empezaba otro, con la diferencia de que en éste no había principio ni término; era un viaje inútil, una pantomima sobre el aire. Recordábamos lo que Dostoiévski decía en "La casa de los muertos" a propósito de la imposibilidad en que el hombre se halla de aceptar la inutilidad de los esfuerzos.

Un recluso lo acepta todo, el castigo corporal, los trabajos más fatigosos, porque en ellos le parece que está implícita una noción, verdadera o falsa, de utilidad; porque ellos, de algún modo, tienen una justificación. Lo que no acepta el hombre es que le obliguen a trasladar un montón de piedras, de este lugar al otro, para que después, sin razón ni utilidad alguna se las hagan poner de nuevo en el lugar original. Así nos hallábamos en pleno aire, de un lugar a otro, en un trayecto innecesario, y ello nos producía una impresión deprimente. ¡Cómo añorábamos el paso milimétrico de la plataforma de Frankfurt, en definitiva buscadora de nuevos horizontes!

Tanto en una ocasión como en otra nos dábamos cuenta de algo que está en la condición humana que es la imposibilidad de huir; de la cual los movimientos inútiles vividos en el aire no eran más que una referencia simbólica. Avanzar, pero no liberarse, moverse, mas no avanzar. La inutilidad de lo dinámico es la peor de las cosas inútiles. Ahora, sentado ante una mesa del aeropuerto, se desvanecen en el aire aún borrascoso, las imágenes de un esfuerzo innecesario. Triste noria vacía, el hombre se queda donde estaba, con un poco menos de respiro.

¿Cuándo volverán los caminos a ser para que el hombre los camine? ¿Es posible que todo no sean más que pasos fatigosos, fatuos e inútiles? De un sitio a otro, no sentimos los panoramas, nos limitamos a enhebrarlos casi sin rozar el hueco por el que entra nuestro hilo vital. Todo hombre habrá sentido alguna vez la triste fatiga del recluso.

Pero no todo es inútil, ni siquiera esos movimientos excéntricos de rotación. En lo más hondo de la ineficiencia el hombre siente en la cavilación su verdadera dinámica. No hay pasos inútiles. Aunque no nos movamos, siempre estamos caminando.